



LA ALEGRIA DE NOCHE-BUENA EN EL PARAISO.

No creemos que nuestros lectores hayan olvidado todavía las bellas copias de esculturas de Thorwaldsen, que les hemos presentado en diversas ocasiones. El bajo relieve que hoy reproducimos, es una de sus mas brillantes creaciones, una de sus alegorías mas poéticas y mas encantadoras.

### ALONSO DE CÉSPEDES.

No tema el lector al ver que le traemos á la memoria el nombre de un soldado español, que vivió en el siglo XVI, que nos empeñemos en una larga disertación acerca de aquel siglo, porque en él campearon en todo su esplendor y su brillo el nombre, las armas y las letras españolas. Si tal fuera nuestro objeto, hablaríamos mas bien de un D. Juan de Austria, de un D. Alvaro Bazan, de un D. Diego de Mendoza, y de otros que se presentaron en primer término, en el cuadro político de aquella época, como guerreros ó como estadistas.

Nuestro objeto es hablar en esta especie de biografía con mas particularidad de los hombres que de las cosas; manías del tiempo antiguo; y dejar á una parte las cosas; manías del tiempo nuevo. Y si, para la moderna escuela, cada hombre es una *idea*, bástanos, ya que nosotros somos viejos, que el lector considere en cada hombre que le presentemos un *hombre*; y que la *idea* vaya á buscarla en los libros de Kant, si de ellos gustare.

Conocido es Diego García de Paredes como hombre que alcanzó fuerzas grandísimas; y no hay pueblo en la tierra que pueda presentar un Milon de Crotona, ó un Hércules si se quiere: razón por la cual nos atrevemos á rogar al lector preste toda la fé histórica posible á los hechos del capitán Alfonso de Céspedes. ¿Y por qué no? Todos saben que allá en el Helesponto, donde el Asia se divide de Europa por las mismas aguas del mar, hubo á las riberas de este dos lugares (Sesto y Abido) uno en Asia y otro en Europa; que vivía en uno de ellos una muchacha llamada Hero, y en el otro un mozo llamado Leandro; y que ambos se querían muchísimo. El jóven, que era el asiático, pasaba á nado el mar que le dividía de su amada europea, cuando las noches oscuras prestaban un velo misterioso á su ardentísimo amor. La historia es muy sabida: nuestro poeta Boscan gastó mas de tres mil versos, que el lector seguramente no habrá aprendido de memoria en contárnosla; el poeta griego Museo formó antes del español el mismo empeño, y otros mil hicieron lo mismo. Leandro conservó su buen adquirido renombre de tierno amante y esforzado nadador, hasta que los señores filósofos del siglo XVIII nos dijeron que no podía ser, que un hombre no podía nadar desde Asia á Europa, y vice-versa, un par de leguas todas las noches, y mucho menos por abrazar á una mujer: que ellos (los filósofos) no sabían nadar, y que no sabiéndolo hacer ellos, que todo lo sabían, era clara y manifiesta mentira la historia de Leandro; y que así lo declaraban y afirmaban, porque Voltaire y Le Mercier, y qué sé yo quién mas que no sabían

15 DE ENERO DE 1854.



nadar, merecían mas fé que un simple nadador en estas materias.

No contento con esta decision, otro famoso nadador é inmortal poeta de nuestros tiempos llamado *Jorge Gorotol Noel Byron*, pasó nadando el famoso estrecho, teatro un tiempo de los amores trágicos del infeliz y calumniado Leandro; y el 5 de mayo de 1810 probó á los señores filósofos del siglo pasado que la historia que ellos negaban era muy posible y digna de crédito.

Este incidente demostrará á lo menos, que antes de negar los hechos que no somos capaces de hacer, debemos pesar mucho las costumbres, circunstancias y tiempos de los que los ejecutaron. Pero ya es hora de presentar nuestro héroe, con perdon de los filósofos del siglo XVIII y de sus discípulos y administradores, que tan bellas producciones nos han dado en los doce años primeros de esta era felicísima.

Nació Alonso de Céspedes en la villa de Orcajo en 1518. Fuéron sus padres Gabriel de Céspedes y Doña María Florez de Quirós. Favorecióle la naturaleza dotándole con fuerzas increíbles. La primera accion en que las mostró, siendo aun niño de seis años, fué en arrancar con sus manos la cabeza á un ganso que daba miedo á dos niñas hermanas suyas.

Pasó los primeros dias de su juventud aprendiendo y ejercitando cuanto formaba en aquellos tiempos un cumplido caballero; y la educacion, unida á la buena conformacion de su cuerpo, aumentó y arreció en él su prodigiosa fuerza. Muertos sus padres, y viéndose en edad competente de lucir en la guerra sus brios, dejó la patria, y acompañó al que llamaba Felipe II *gloria de la nacion española*, á D. Fernando Alvarez de Toledo, tercer duque de Alba, en su ida á Italia, para sosegar allí las provincias sujetas al dominio de España. Consiguio Céspedes en esta ocasion nombre de valiente soldado; llegaron sus hechos á noticia del emperador y rey de España, quien los premió con una gineta.

Sabida es la guerra de la liga empezada en Alemania en 1546, y que el principal designio de los protestantes fué entonces el cortar el paso al ejército español que de Italia iba á Alemania, mandado por el citado y célebre duque de Alba. Recordar puede tambien con orgullo todo español el 50 de agosto de aquel año, en el que resplandeció con gloria bien adquirida la constancia española: mas dejando semejantes acontecimientos, que no hacen á nuestro propósito, solo diremos: Que el año siguiente de 1547, en el mes de abril, volvieron á juntarse los dos ejércitos en las espaciosas márgenes del Albis, que á los dos dividia: ocupando los protestantes el sitio mas fortificado y superior, con tan buena artillería se comenzó de una y otra parte la pelea. Los enemigos estaban cubiertos, los católicos sin reparo; y aunque los arcabuceros españoles despejaban la ribera para dar lugar á que los caballos buscasen el vado, no lo pudieron conseguir enteramente, porque la oscuridad de la noche, lo profundo de las aguas y lo tormentoso del tiempo, estorbaban la valerosa diligencia de nuestros soldados. Entonces presentóse al emperador el capitán Alfonso de Céspedes, «pidiéndole licencia para buscar con nueve españoles que habia elegido el modo de conducir al ejército á la otra parte del Albis. Que él se ofrecia á traer las barcas que tenia el enemigo, ó morir en su empresa; perdiéndose poco en diez vidas, donde sobran tantas y tan valientes.» Concedióle el emperador la licencia que pedia; buscó luego él sus nueve compañeros, y desnudándose todos con gran osadía, se arrojaron á la corriente rápida del Albis, llevando en las bocas las espadas desnudas. Al llegar de la otra parte del rio, donde tenia el enemigo unas barcas para de ella, fabricar puentes á pesar suyo y de infinita resistencia las trajeron, en las cuales se condujo nuestro ejército. Esta fué la principal causa de ganarse la memorable y célebre victoria del 24 de abril de 1547, en la que cayó prisionero el capitán de los enemigos, el duque de Sajonia. Hallóse después Céspedes en la espugnacion y toma de Mamflet, plaza fuerte de la baja Sajonia; siendo él quien colocó primero en sus almenas los victoriosos estandartes de España.

Volvió después el capitán Céspedes á su patria, y estando acaso en Aranjuez, cerca del Tajo, delante de Felipe II, hizo parar la primer rueda de una aceña contra toda la corriente. Mas la malicia del molinero, sobornada de algunos envidiosos del capitán, soltó toda el agua que servia para las demás ruedas, y esto fué causa que nuestro Hércules echase sangre por los oídos y coyunturas de las manos. Sabido el engaño, buscó los agresores, y cogiendo algunos, los arrojó en la mitad del rio.

Hallándose Céspedes en la villa de Ocaña, en casa de D. Bernardino de Cárdenas, deudo suyo, en compañía de otros caballeros, una noche de invierno, le pidieron hiciese alguna demostracion de sus fuerzas: no se negó el capitán; y tomando un buete grande y macizo de nogal con algunos vasos llenos de agua, le levantó por una esquina con la mano derecha sin que se derramasen.

El día siguiente, teniendo D. Bernardino de Cárdenas un caballo á quien llamaban el Mulo por la disformidad de su grandeza, subió Cés-

pedes en él, y llegando á un portal de la plazuela llamada del Duque, lo levantó en el aire con lo robusto de sus piernas, asido de una fortísima baranda.

Un napolitano, gran ginete, caballerizo del referido Cárdenas, queriendo correr el mismo caballo, al tiempo de partir se puso Céspedes delante, y con la mano derecha detuvo su carrera. Estando aun en Ocaña, al venir de paseo vió que se despedía un carro de dos mulas cargado; púsose delante el capitán, y le detuvo con increíble esfuerzo.

Hacia una singularísima fuerza, que era tomar una pica de 25 palmos con la mano derecha por el remate, y asiéndose de ella algunos hombres forcejando para mover á Céspedes del lugar en que estaba, no solo no lo conseguian, sino que él los mudaba de la otra parte con facilidad.

Estando en Madrid un día delante del príncipe D. Carlos, le preguntó si tendria ánimo para esperar un tigre: dió por respuesta que se le soltasen, y al punto le embistió la fiera dando un brinco; mas recibiendo certero con la espada, tendió en el suelo al feroz animal. Dijo el príncipe *en qué se habia fiado si errara el golpe*; respondió *que en los brazos*.

Estando en una iglesia de Barcelona en un día de gran festividad, por el mucho concurso de la gente no pudo cierta dama llegar á tomar el agua bendita. Céspedes, haciendo sus acostumbradas fuerzas, arrancó la pila de la pared, y sirvió á la dama con ella.

Siendo gobernador y capitán general por el rey D. Felipe II en Oran, Mazalquivir y reino de Tremecén D. Martín Alonso de Córdoba y Velasco, primer conde de Alcaudete, le acompañó el valeroso Céspedes, y con una compañía que condujo á su costa hizo prodigios de valor en la guerra infeliz que allí hubo en 1558, en la que murió el constante conde de Alcaudete.

Diez años después, en 1568, sucedió la rebelion de los moriscos, cuando á la sazón estaba Céspedes en su casa de Ciudad-Real. Con la velocidad del rayo juntó una noche 200 hombres; dióles una esplendísima cena, inflamados en deseos de ir á la guerra, y presentóse con ellos en el ejército real, y en la primavera de 1569 en las montañas que antiguamente llamaron del Sol y después *Alpujarras*, del moro Abraham Alpujar, su primer alcaide, situadas en las vertientes de Sierra-Nevada. Miran estas montañas por la parte de Mediodía al Mediterráneo; tienen al Oriente la ciudad de Almería, al Poniente la villa de Motril, y al Norte la deliciosa Granada, dilatándose 17 leguas á lo largo y 11 á lo ancho.

Está el fuerte peñon de Frigiliana entre el mar y el lugar de Cómpeta; tiene á Levante el rio de Chillar, cuyas corrientes se despeñan por las difíciles quebradas de unas sierras; á Poniente el rio Laurin, que siguiendo el mismo curso, lo acaba en el Mediterráneo: al Septentrión la sierra de Ventomiz, de cuya falda empieza á subir este enebro escollido: al Mediodía vuelve á bajar por otra fragosa aspezeza, partida en dos lomas; la una entre el Oriente y el Sur, llega á Frigiliana; y la otra al Occidente remata en Nerja, quedando el peñon mas alto, sin sitio que le señoree: sus entradas son de intrincados riesgos y tajadas peñas, que con poca gente puesta arriba, pueden defenderse de cualquier ejército numeroso: riégale una copiosa acequia, de cuyas aguas se provee el pueblo.

A esta eminencia se recogieron 4,000 moriscos. Algunos soldados de D. Pedro de Padilla se adelantaron subiéndose animosamente por el cerro; mas emboscados los enemigos en sus reparos con multitud de saetas y piedras, mataron en breve tiempo la mayor parte de ellos. Y queriendo darlos D. Luis de Zúñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, un asalto, se trabó de entrambas partes una reñida pelea. La victoria quedó por el rey, siendo Céspedes uno de los primeros que enarbolaron las respetadas banderas españolas en lo mas sublime de aquel fuerte sitio. Al querer dar cuenta del suceso nuestro capitán á D. Juan de Austria, fué detenido por algunos envidiosos que se le adelantaron; mas viéndole aquel ilustre príncipe, dijo: — *Dejad llegar á Céspedes, que ha hecho y no ha hablado. Yo informaré á S. M. de su celo, su vigilancia, su valor y su prudencia*.

Hacian los moriscos notable daño en el valle de Loerín, que forma la quebrada de una sierra, tres leguas á Poniente de Granada. Para estorbar sus pasos mandó D. Juan de Austria á D. Antonio de Luna, que con las compañías que estaban alojadas en la vega de Granada, tomando de camino alguna gente del presidio de Tablete, situado en este valle, fuese á dar una alborada á Pinillos. Viendo Luna malogrado este designio, por haberse subido los moriscos con sus mujeres é hijos á lo mas alto de las sierras, dió vuelta hácia los lugares de las Albuñuelas y Solares, ordenando al capitán Céspedes fuese por el camino que sube á Restabal con sus 200 arcabuceros. Llegó Céspedes á lo mas eminente de un cerro que se levanta entre Restabal y las Albuñuelas: allí descubrió un gran trozo del ejército contrario, acaudillado por el famoso Rendati. La mayor parte de los soldados de Céspedes, vista la superioridad del enemigo, abandona-



ron cobardemente á su capitán. Quedó este con solo 20 valientes, á quienes dijo estas palabras: — *La muerte es vida, cuando se pierde por Dios, por la honra y por la patria: seguidme, seguidme.* Y se entró por los enemigos, haciendo en ellos grande estrago con aquella célebre espada valenciana, compañera de sus fortunas, de tres dedos de ancho, y que pesaba 14 libras. Cercado de multitud innumerable, murió allí este atleta, luchando, no solo contra un ejército, sino contra las desventajas y dificultades del terreno.

Tuvo Céspedes una hermana, de fuerzas no inferiores á las suyas, y que le venció alguna vez en la lucha. Por abreviar no hemos referido otra porción de pruebas de su fuerza que se hallan afirmadas por muchos que escriban fuéron de ellas testigos de vista. Pero tal vez no desagradará al lector que aun le recordemos dos.

En el rigurosísimo invierno de 1559 encontróse una noche en Toledo con un alguacil que rondaba la ciudad, el cual, ignorando quien fuese, con palabras descomedidas le pidió la espada: escusóse primero cortésmente el capitán; mas porfiando todavía el ministril, le cogió Céspedes y le arrojó á un tejado, donde estuvo hasta que al romper el alba le bajaron con una escalera.

Hallándose en la misma ciudad de Toledo el marqués de Villena con otros señores, pidió á Céspedes probase sus fuerzas con las increíbles de un turco cautivo; convino en ello, y saliendo entrambos al campo delante de mucha gente que curiosa había concurrido, concertaron fuese la lucha haciendo un hoyo en tierra que llegase hasta los hombros, donde metido el uno, el otro le sacase con una ó dos manos sin llegar al cuerpo. Metióse primero Céspedes, y el turco, con entrambos brazos le sacó á costa de mucha fatiga. Entró el turco, y el capitán, con un brazo, no solo le sacó, mas con gran facilidad le arrojó por encima de la cabeza, dejándole casi muerto del golpe. Asombrado el marqués de Villena, repitió lo que la reina Sabá dijo cuando vió á Salomón: *mucho mas es de lo que pregona la fama.*

Alabaron á nuestro Céspedes los poetas contemporáneos en sus cantos, y aun posteriormente los del siglo XVII, entre los que se señalaron dos de un mérito poco común, D. Agustín Moreto y Cabaña y D. Juan Matos Frago. Y nos parece una circunstancia de peso que los predilectos de las musas recordasen las acciones de nuestro héroe un siglo después, ya que no hacemos, sea dicho en paz, el mayor caso de los elogios ó detraiciones de bardos ó artistas contemporáneos. Hemos visto los pinceles inmortales de Velázquez emplearse en un conde-duque de Olivares; la sublime voz de Calderón alabar á quienes nada merecen ahora mas que nuestra compasión. Hoy mismo vemos y leemos que

el apuesto *cumplido* garzon

se envanece y se escuda con las adulaciones del rubio cantor de la palomita de Filis... Vaya V. luego á hacer caso de poetas y artistas contemporáneos! Mas de los que un siglo después de la muerte de su héroe toman la lira, el cincel ó los pinceles para inmortalizarle, bien se puede y debe hacer caso. Céspedes mereció ese honor, tanto mas apreciable, cuanto fué mas tardío.

## LAS FIJAS DE MIO CID.

### II.

Apres eran de Valencia el bueno de Minaya y las dueñas e a Mio Cid liebaronle el mandado. Alegre fue el caboso con tales nuevas! Vistios' el sobregone le cabalgo en Babieca sonriendo ferozmente y prendiendo la barba belida, e con docientos caballeros de pro que iban en su compana recibir salie las dueñas.

Exie el sol e cantaban las avececas. Dios que gentil era la manana!

En cabo del coso descabalgo Mio Cid e adelino pora su mugier e sus fijas. Cuando le vio Doña Ximena, el corazon querie saltarle del pecho, e Mio Cid a la madre e a las fijas abrazaba e todos loraban de los sos oios del gozo que habien, e las mesnadas eran en grant delent.

Oyd lo que dixo el quen buen ora nasco:

— Vos, querida e ondrada mugier e amas mis fijas, mi corazon e mi alma, entrad conmigo en Valencia, en esta herdat que vos he yo ganado.

E le besaban las manos la madre e las fijas, e las escuellas armas tenien e quebraban tablados por ondrarlas.

Adelino con ellos Mio Cid al alcazar y las subie en el mas alto lugar catando oios belidos a todas partes. La cibdad miran como yace del otra part e a oio han el mar; miran la huerta que es grande e espesa e alzan las manos pora rogar á Dios, ca grandes ganancias les ha dado.

Otro dia, mensaie de D. Alfonso legaba á Mio Cid. Conseiabile el

rey que diera sus fijas á los infantes de Carrion Don Diego e Don Ferrando, e aun se lo rogaba de alma e de corazon. Cuando le oyó Mio Cid, pensó e comidió una grant ora e fablo cuemo oldredes a la su mugier Doña Ximena:

— Esto gradesco a Christus! Echado fui de la tierra e tollida la ondra e las heredades, e el rey pideme mis fijas pora los infantes. Deste casamiento non he sabor, ca ellos son muchos bullidores e orgullosos e en la cort han port; mas el rey lo conseia, e eso quel quisiere faré yo a guisa de vasallo.

Esora Doña Ximena enclinó la front bellida e ploraba a gran duelo, mager la aconortaba Mio Cid. E el lidiador famoso escribie cartas á D. Alfonso e dexiale que habrien vistas sobre Taio, un agua cabdal, do él iria sin falla.

Pora las vistas se adoban della part e della. ¡ Quien vio tanta mula e tanto palafre e tanto pendon e tantos escudos bocados de plata e de oro, e tantos mantos e pieles! Con el rey van infantes de Carrion Diego e Ferrando e danles conducho mesnadas leonesas e galicianas.

Quando mio Cid cató al buen rey, fincó los inoios plorando, tanto avie el gozo, e asi sabia dar omildanza á so señor!

— Lebantad en pie, Cid, e besad las manos, ca los piés non m' beseis. Aqui vos perdono e dobos mi amor, dexiale Don Alfonso.

— ¡ Merced, rey! dixo Mio Cid. Gradescolo a Dios del cielo, e despues á vos e a estas mesnadas!

Otro dia manana asi cuemo el sol exie claro e ferozmente, cantó la misa el obispo D. Hieronymo e oyeronla todos asi cuemo Christus lo manda, e al salir de la misa do eran todos iuntados, conpezó de fablear Don Alfonso:

— Oidme, las escuellas, condes e infanzones. Plazme cometer un ruego a Mio Cid el de Bihar. Pidoos, Cid, vuestras fijas amas Doña Sol e Don' Elvira que las dedes por mugieres á los infantes de Carrion.

— Non han grant hedat, repuso el Campeador, e pequenas son de dias; mas afellas en vuestra mano e daldas a quivos quisiereades.

Esora se levantaron los infantes e fueron besar la mano al quen buen hora nasco. E tomolos D. Alfonso e metiolos en poder de Mio Cid diziendo:

— Vedes aqui vuestros fijos; oy de mas, sabet que fer dellos.

— Gradescolo, rey, fablo el castellano leal. Vos casais mis fijas, sabet que non yo. Vos las tomades de mi e vos las dareis con vuestra mano, ca non ge los daré yo con la mia nin den se alabaran.

— Prendellas vos, Alvar Fanez, dixo el rey, e a los infantes ge las dad.

E el bueno de Minaya fizo el mandado de D. Alfonso, e otro dia quando quebraban albos espidieronse e tornaban el buen rey á Castiella la gentil e Mio Cid a Valencia liebando en su compana los infantes Diego e Ferrando.

Afelos en Valencia. Esora piensan adelinar pora el alcazar que es adobado de pórpola e paños a tal que habredes sabor de y ser é yantar.

Todos estan parando mientes en Mio Cid e esora se lebanta el Campeador del su precioso escaño e fablo cuemo oldredes:

— Venit aca, Alvar Fanez, el que yo amo. Afe amas mis fijas; en vuestra mano las meto, ca asi lo ha mandado el rey, e sabedes que non lo quiero falir por nada. Dadlas á los infantes en la eclegia do prendan bendiciones.

Estonce dixo Minaya:

— Esto faré yo de grado.

Quando esto ovieron fecho, todos salien del alcazar e adelinaban pora Sancta Maria do los esperaba el obispo D. Hieronymo. Dioles bendiciones, e dicha la misa, cabalgan privado pora la glera do piensan dar salto. ¡ Dios que bien tobieron armas Ruy Diaz e los sos!

Otro dia fizo Mio Cid fincar siete tablados e todos los quebrantaban antes que entrasen á yantar. Ricas fueron las bodas á tal que duraron quinze dias complidos, e non ovo vasallo que non prendiese don de haberes monedados e de mantos e pellizones e de palafres e mulas e todo lo al.

Contaryos he mala sobrevienta que otro dia cunrió. Dormie Mio Cid en un escaño e un leon fiero e grant desatos' e salios' de la red. En grant miedo se vieron muchas yentes e los de Ruy Diaz embrazan los mantos e cercan el escaño e fincan sobre so señor. Ferran Gonzalez non vio ali camara abierta dos' alzase e metios sol' escaño, tan fiero pavor habie, e Diego salio por la puerta diziendo de la boca: « non tornaré ver Carrion! » e metios tras una viga lagar. En esto despertó el quen buen hora nasco e viendo cercado de sus buenos varones el escaño, demando:

— ¿ Qué es esto, mesnadas?

— Hya, señor ondrado, el leon nos dio rebata.

Mio Cid fincó el codo, alzós' en pie e adelino pora el leon, e el leon premio la cabeza envergonzado, e el Campeador al cuello le tomó e liebole adestrando a la red a maravilla de cuantos y eran.

Mio Cid demandó por los sos yernos e non los podian fallar mager los estaban lamando, mas fallaronlos e venien sin color e sucios los



mantos e los biales á tal que non vistes tal guego cuemo por la cort iba mager lo vedaba el Campeador, e los infantes tobieronse por embaidos e les pesaba esto fiera cosa.

## III.

En Valencia seie el Cid con todos los sos e esora vinol cerca el rey Bucar con tal veste de moros que nunca tal vieron cristianos. Mandolos ferir el quen buen hora cinxó espada, e veriedes caer tanto brazo con origa e tantas cabezas con yelmo e tantos caballos sin dueño salir á todas partes.

—Acá torna, Bucar, dixo Ruy Diaz. Verte has con el Cid el de la luenga barba e saludarnos hemos amos.

—Confonda Dios tal amistad, repuso Bucar. El espada tienes desnuda e en mi quierres la ensaiar, mas si el caballo non estropeiza o non caye, non te yuntaras conmigo.

Mio Cid aguijó a Babieca, e alcanzo a Bucar, e alzó a Colada un espada taidora, e diol' un grant golpe e tollol' las carbencias del yelmo e todo lo al, e fata la cintura legole la espada, e esora tomele Tizon que mill marcos de oro valia.

Afevos al obispo D. Hieronymo que toma espolonada e las aces de recio va ferir. A los primeros golpes dos moros mata con la lanza, mas, sabet, el astil quiebra e al espada mete mano. ¡Dios que bien lidia! Cinco moros mata con el espada e Mio Cid á delicio estabalo catando.

Siete millas dura el segudar e sobeianas ganancias facen las yentes christianas. Esora legaban infantes de Carrion e cuemo eran folones, de haber bien lidiado ge alababan. Pagos' el Campeador, mas sonrisaban los sos vasallos, e mas aun ese que dicen Pero Mudo, e daquestos juegos á los infantes pesa.

Farto de lidiar en el campo, Mio Cid la barba se prendia e dixo a los sos que todos prisiesen so derecho. A seiscientos marcos de plata caye la racion e los caballos e las buenas pieles e los mantos non habien recabdo.

Esora fablaron en poridad Diego é Ferrando:

—Vayamos pora Carrion, ca los haberes que tenemos grandes son e sobeianos, a tal que mientras que visquieremos non los podremos despende. Pidamos nuestras mugieres al Campeador e las escarniremos e podremos casar con fijas de reyes.

Estonce dixo Ferran Gonzalez:

—Asi nos vala el Criador, Cid, dadnos nuestras mugieres. Liebarlas hemos a tierras de Carrion e meterlas hemos en las villas que las diemos por arras e por honores, e los fijos que ovieremos particion habran.

E dixo el Cid, que nos' curiaba de asi ser afrontado:

—Darvos he mis fijas e otro si de axuar tres mill marcos de plata e mulas e palafres e caballos pora diestro e vestiduras e dos espadas que Colada e Tizon dicen e a guisa de varon las ganó. Mis fijos sodes amos e cuando vos do mis fijas, alá me levades las tellas del corazon!

Grandes son las nuevas por Valencia, ques' escurren yernos e fijas del lidiador famoso. Hyá quieren cabalgar e en espedimiento son amas hermanas Doña Sol e Don' Elvira. Fincaron los hinoios e al padre e a la madre las manos les besaban e amos las bendixieron e dioxles la madre:

—Andad fijas d'aquí e el Criador vos vala e todos los sos santos, ca de mi e de vuestro padre amas la gracia habedes.

Veriedes los duelos de padres e de fijas e de cuantos y eran al partirse cuemo la uña de la carne!

El quen buen ora nasco tovo aueros que estos casamientos non serien sin tacha, e dixo a Telez Munoz:

—Tu Telez mio sobrino, primo eres de mis fijas; mandot' que vayas con ellas fata dentro en Carrion. Veras las heredades que y tienen e con aquestas nuevas vernás.

—Plazme de corazon e de alma, dixo Telez Munoz.

Aguijan cuanto pueden los infantes e en Sancta Maria d' Albarracin facien la posada. Felos en Molina e otro dia manana iban trocir Arbuxuelo e posar do dicen el Ansarera. Hyá movieron de lá e acoiendose a andar de dia e de noch, a siniestro dexan Atineza una peña muy fuerte, pasan sierra de Miedes e entrados son al robledo de Corpes.

Los montes son muy altos e las ramas puian a los nues e a derredor andan las bestias fieras. Infantes de Carrion fallaron un vergel con una fuent limpia e mandan fincar la tienda e con sus mugieres en brazos y iacen esa noche. Cuando salie el sol mandaron cargar las acemilas e que vayan adelant todos los de la criazon e que non fincas' ninguno varon nin mugier sinon Doña Sol e Don' Elvira, ca deportarse quieren á so sabor con ellas.

Ali las tuellen los mantos e paranlas en cuerpos e en camisas. Espuelas tienen calzadas los malos traydores e en manos prenden las cinchas. Cuando esto vieron las duenas, fablaba Doña Sol:

—Dos espadas tenedes fuertes e taiadoras, por Dios vos rogamos nos cortedes las cabezas.

Lo que ruegan las duenas non lo precian un dinero malo, e esora les compiezan á dar con las cinchas corredizas e con las espuelas agudas e maianlas á so sabor, a tal que rompien las camisas e las carnes e limpia salie la sangre de las heridas. ¡Cual ventura serie esta si plo-guiese al Criador que asomase esora Ruy Diaz!

Ensaiaidos amos cual darie meiores golpes, cansados son de ferir. Hyá non pueden fablar Doña Sol e Don' Elvira e por muertas las dexan e lebanles los mantos e las pieles arminas.

Por los montes do iban fablaban infantes de Carrion.

—La desondra del Leon asis' ira vengando.

Aquel Telez Muñoz aparte se salio de todos los otros e se metio en un monte espeso fata que viese venir sus primas. Los infantes legaban e oyo una razon e y finco fata que pasaron, ca sabet mal le fuera contado si ellos le viesen. Por el rastro torn' lamando: Primas! Primas! e fallolas amortecidas amas e tanto son traspuestas que non pueden decir nada. Partiangele las tellas del corazon e a grant duelo dexa:

—Despertades, primas, ante que entre la noche e nos coman los ganados fieros!

Don' Elvira e Dona Sol abrieron los oios e vieron a Telez Muñoz e agua le demandaron. Diogela el con un sombrero nuevo e fresco que de Valencial' sacó e valas conortando e en corazon metiendo. Privado las cabalga e con el so manto a amas las cubre, e prendiendo por la rienda el caballo, curian de salir de los robredos de Corpes.

Entre noch e dia salieron de los montes e en la torre de Don' Urraca á las duenas deja Telez Munoz e a Santesteban vino prender bestias e vestidos. Los de Santesteban siempre mesurados son: pesosles de corazon e de alma e a las fijas de Mio Cid salien recibir e ondrar. Ali s' ovieron ellas fata que sañas eran, e esora liebaronlas a Valencia e veriedes varones de Santesteban e aun de Castiella e de Leon darles conducho e cuemo las duenas gelo gradecian.

## IV.

Mio Cid fabló con los sos e demandó:

—O eres Muno Gustios, mio vasallo ondrado? Liebes el mandado a Castiella e al rey Alfonso besal' la mano e le faz sabidor de esta desondra que me han fecho los infantes mios yernos traydores. El caso mis fijas ca non gelas di yo, e si desondra y cabe, la poca e la grant toda es de mio señor Don Alfonso. Adugame Infantes a vistas o a cortes cuemo haya derecho, ca grant rencura he dentro en mi corazon.

Muno Gustios privado cavalga con dos caballeros e escuderos quel den compana e le sirvan, e al rey en Santfagun falló. Delant el rey finco los ynoios e besabal' los pies é la mala biltanza le contaba.

Pesabane á Don Alfonso aquestas nuevas, e dixo:

—Verdad fablas en esto, Muno Gustios, yo case fijas de Mio Cid, e fizelo por so bien; mas derecho habra Ruiz Diaz sin' salve Dios. Mios porteros andaran por todo mio regno e pregonaran cortes pora dentro en Tolledo. Mandare que alla me vayan condes e infanzones e otro si infantes de Carrion. Decilde al Campeador ques' adobe con sos vasallos e venga a Tolledo cabo de siete semanas, ca por su amor esta corte yo fago.

Espidios Muno Gustios e Don Alfonso sus cartas enbia pora Sanctiagu, a los portugueses e a los galicianos e a los de Carrion e a los de Castiella que cort facie en Tolledo do fuesen iuntados á cabo de siete semanas.

Hyá les va pesando a los infantes de Carrion, ca miedo han que y verná Mio Cid, e ruegan al rey que desta cort los quite, e dixo el rey:

—Non lo faré sin' salve Dios. De vos ha rencura Mio Cid e darle he derecho. Qui lo fer non quisiere, quite mio regno, ca dél non he sabor.

El plozo legaba e con el buen rey iban á Tolledo el conde Don Remond e el conde Don Anrrich e el conde Don Vella e el conde Don Beltran e otros muchos sabidores de Castiella. Aduxen infantes de Carrion el conde Don Garcia so pariente que a Mio Cid siempre'l busco mal, e Asur Gonzalez e Gonzalo Asurez e gran vando que a la cort aduxieron. Otro si, venido es Mio Cid con cien de los sos e con el son el obispo D. Hyeronimo, e Pero Mudo e Minaya Alvar Fanez, e Muno Gustios e Martin Antolinez el burgales de pro, e Alvar Alvarez, e Alvar Salvadores e Martin Munoz, e Telez Munoz, e el sabidor Malanda e Galin Garciez el aragones ondrado, todos con velmeces desuso las lorigas e sobre las lorigas arminos e pelizonas pora que non parescan las armas, e so los mantos las espadas taiadoras.

Esa noch Mio Cid Taio non quiso pasar e en San Servan posaba, e en el altar mandaba poner candelas, e en aquel santo lugar ovo vigilia rogando al Criador.

Otro dia manana dicha la misa, pora Tolledos' van. Dios que bien adobado es el que en buen hora náscio! Calzas de buen paño lieba e sobre ellas zapatos labrados a gran huebra e viste camisa de ranza!



blanca como el sol, e las presas son de oro e de plata. Sobrella leba un brial obrado con oro e sobre esto una piel bermeia que siempre la viste Mio Cid e las bandas tiene de oro. Una cofia de escarin obrada de oro finca sobre los pelos fecha por razon que non gelos cortasen e con un cordon prisa habie la barba luenga e bellida.

Cuerdamiente entró en el palacio Mio Cid con los sos que van aderedor, e quando le vieron entrar alzós en pie el buen rey e todos los otros; mas, sabet, non se alzaron los del bando de Carrion. El rey dixo:

—Venid aca, Campeador. Aqueste escaño vos endono, ca mager que algunos pesa, meior sodes que nos. Cuemo rey posad en este escaño.

Esora dixo muchas mercedes el que gano a Valencia e en un escaño tornino posaba e aderedor posan los ciento quel' guardan.

Catandol' estan todos, mas infantes no'l pueden catar de verguenza.

Esora se levó en pie Don Alfonso e fablo cuemo oldredes:

—Oyd mesnadas! Hyo de que fui rey no fiz mas que dos cortes, la una fué en Burgos e la otra en Carrion. Esta tercera á Tolledo la vinfer por el amor de Mio Cid que de infantes de Carrion reciba derecho. Grant tuerto le han tenido. Alcaldes sean desto el conde Don Remond e el conde Don Anrrich e estos otros condes. Todos meted y mientes ca sodes conocedores, por escoger el derecho, ca non mando yo tuerto. Agora demande Mio Cid e sabremos que responden infantes.

Mio Cid gelo gredecio al buen rey e la manol' va hesar. Esora dixo:

—Por mis fijas quem' dexaron infantes, non he desonor, ca vos las casastes, rey, mas quando las sacaron de Valencia hyo bien los querie e diles dos espadas que dicen Colada e Tizon e a aguiza de varon las gane, pora ques' ondrasen con ellas e a vos sirviesen. Quando dexaron mis fijas en el robredo de Corpes, comigo non quisieron aver nada. Denme mis espadas, ca hya mios yernos non son.

Atorgan los alcaldes e dixo el conde Don Garcia:

—A esto nos fablemos.

Esora salien a part infantes e tod' el su bando e fablaron:

—Aun gran amor nos face el Cid quando desondra de sus fijas non nos demanda. Demosle sus espadas e quando las toviere, irse ha, e hya non habra derecho, ca partirse ha la cort e bien nos avendremos con el rey.

Con aquesta fabla tornaron dentro.

—Merced ya, rey Alfonso! Non lo podemos negar, dionos dos espadas e quando las demanda, dellas ha sabor. Dargelas queremos.

Sacaron las espadas e pusieronlas en mano del rey. Prisolas Mio Cid e alegros' le tod' el cuerpo e prendiendo la barba e sonrisando, tendio el brazo e la espada Tizon dio á Pero Bermuez que dicen Pero Mudo, ca la lengua gel detiene.

—Prendella sobrino, dixo, ca meior señor habra.

Esora diol' a Martin Antolinez la espada Colada que gano del conde D. Remon Berengel e fablele:

—Prendella Martin Antolinez el mio vasallo de pro, e si vos acaeciese, con ella ganaredes gran prez.

Luego se levanto e dixo:

—Hya pagado so de mis espadas, mas, sabet, otra rencura he de infantes de Carrion. Quando sacaron de Valencia mis fijas, en oro e en plata tres mill marcos les di. Denme mis haberes, ca non son mis yernos.

Aquí veriedes quexarse infantes! Dixo el conde D. Remond.

—A lo que demanda el Cid, ¿que respondedes?

—Demos! sus espadas por que al non nos demandase.

El buen rey non gelo otorgaba e esora salien a part infantes e fablan en conseio:

—Mucho nos afınca el que Valencia ganó! Grandes son los haberes e espensos los hemos; mas pagarle hemos en heredades en tierras de Carrion.

Dixieron los Alcaldes cuando hablado han:

—Si eso plogiere al Cid, non gelo vedamos; mas en nuestro juicio mandamos que aquí dentro en la cort lo enterguedes.

Esora fablo el rey:

—Destos tres mill marcos tengo yo los docientos, ca me los dieron los infantes. Tornargelos quiero e enterguen a Mio Cid todo lo al.

—El oro e la plata espandistes, dixo el conde D. Remond; mas pagades en apreciadura e prendalo el Cid. Por juicio lo damos antel rey D. Alfonso.

Hya vieron que es a fer los infantes. Veriedes aducir tanto caballo corredor e tanta gruesa mula e tanta buena espada! Recibiolo Mio Cid cuemo apreciaron en la cort sobre los docientos marcos que tenie el buen rey e pagado fue de los infantes. Quando esto ovo pasado pensó luego d' al e dixo:

—Oydmé toda la cort e pésevos de mio mal. Los infantes de Carrion quem' desondraron, a menos de riebtos non los dexaré. Decid, infantes, ¿que vos mereci en guengo o en vero? A la salida de Valen-

cia mis fijas vos di con muy grant ondra é haberes a nombre. Quando non las queriedes hya, canes malos, porque las feriestes a cinchas e espolones e solas las dejastes en el robredo de Corpes a los ganados fieros?

El conde D. Garcia en pie se levantaba.

—Merced, rey, dixo. Mio Cid allas cortes pregonadas vino é luenga trae la barba, ca dexola crecer por espantar a los unos e a los otros meter miedo...

—¿Que habedes vos, conde, por retraer la mi barba? dixo Mio Cid alzandos' airado del so escaño. Non me priso a ella fijo de mugier nim' la mesó christiano ni moro cuemo yo a vos en el castiello de Cabra.

Ferran Gonzalez en pie se levanto e fablo a altas voces:

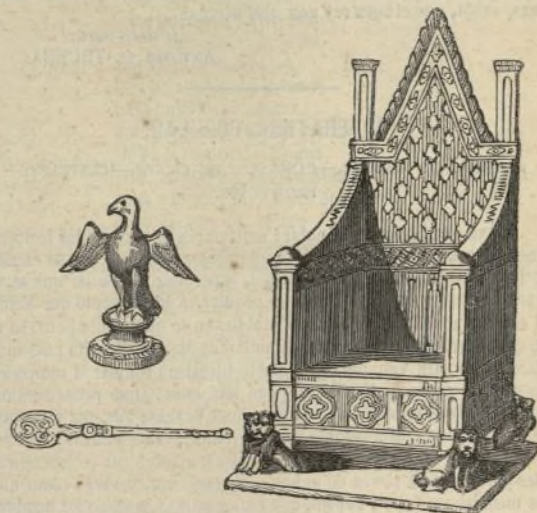
—Dexasedes vos, Cid, de aquesta razon, ca pagado sodes de todos vosos haberes. De natura somos de condes de Carrion e debiemos casar con fijas de reyes, ca non pertenecian fijas de infanzones.

Mio Cid cata a Pero Bermuez e dixe:

—Fabra, Pero Mudo, varon que tanto callas, ca tu non entraras en armas si yo respondiére.

Pero Bermuez compezo de fablar. Detienesle la lengua, mas quando comiepa, sabet, nol' da vagar.

—Direvos, Cid, siempre en las cortes Pero Mudo me lamades, ca delibrar non puedo, mas lo que yo ovier a fer por mi non mancará. Mientes, Ferrando, de cuanto has dicho. Las tus mañas yo te las contaré. Miembrat' quando lidiarnos cerca Valencia. Pedist' las feridas primeras al Campeador, vist' un moro, fustel' ensaiar e fugiste antes



(Silla de San Eduardo.—Pág. 25.)

que a el te legases. Si yo non te acorriera, mal te jugara el moro. Por ti con el me ova de acntar, de los primeros golpes le venci e dits' el caballo e toveldo en poridad fata este dia, mager delant Mio Cid e todos ovist' de alabar que mataras el moro. Riebtot' el cuerpo por malo e por trayador e lidiare por mias primas Dona Sol e Don' Elvira que en todas guisas mas valen que vos.

Oldredes lo que dixo Diego Gonzalez:

—Porque dexamos fijas de Mio Cid aun non nos repentimos, que lo que les ficimos ondra nos valdrá.

—Cala, alevoso, boca sin verdad, dixo Martin Antolinez. Non te vien en mientes lo del leon quando Mio Cid dormie en el so escaño? Saliste por la puerta e en el corral metist' e fuste tras la viga. Eres traydor e mentiste e comigo lidiaras.

Esora por el palacio entraba Asur Gonzalez. Manto armino trae e el brial arrastrando, e almorzado es ca viene vermeio e poco recabdo ha en lo que fabla.

—Quien nos darie nuevas de Mio Cid? Fues' a Rio douirna picar los molinos e prender maquilas cuemo lo suele fer. Quil' darie casar con los de Carrion!

Esora alzós Muno Gustios e dixo:

—Cala, malo e alevoso! Antes almuerzas que vayas a oracion; non dices verdad a amigo ni a nadi, e en tu amistad racion non quiero haber...

—Cale hya esta razon, dixo el rey. Los que han rebtado lidiaran sin' salve Dios. Cras sea la lid quando el sol saliere.

Luego fablaron infantes:



—Dandos, rey, plazo, ca cras ser non puede. Armas e caballos tienen los de Mio Cid e nos antes babremos ir a tierras de Carrion.

—Sea esta lid o vos mandaredes, fablo el rey a Ruy Diaz.

Esora dixo el lidiador famoso:

—Mas quiero a Valencia que a Carrion.

—Dadme privado vuestros caballeros, dixo el buen rey e yo su curiador seré. A cabo de tres semanas en vegas de Carrion fecha sera esta lid.

Mio Cid al rey las manos le besaba e dixo:

—En vuestras manos meto estos mios tres caballeros. Ondrados me los enbiad a Valencia.

Esora se tollio el capielo e la cofia de ranzal, e soltaba la barba e sacabala del cordon.

El rey alzó la mano e dixo sanctiguandose:

—Hyo lo juro por sanct Esidro, que en todas nuestras tierras varon tan complido non ha!

E esora Mio Cid cabalgaba en Babieca e pora Valencia tornaba con los sos.

## V.

Complido era el plazo e felos a los de Mio Cid en vegas de Carrion. Querien quebrar albores e cantaban las aves a maravilla, e muchas yentes venien ver la lid.

Dos dias atendieron a infantes de Carrion, mas, sabet, hya vienen mucho adobados de caballos e armas e todos sos parientes con ellos.

Hya metian en armas los de Mio Cid e en otro lugar se arman los infantes e sedielos conseiando el conde Don Garcia, e dixeran al rey Alfonso que non fuesen en la batalla las espadas taiadores Colada e Tizon, mas, sabet, que el buen rey non gelo otorgaba.

(Continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

## LITERATURA POPULAR.

MUESTRAS DE TIENDAS.—CANCIONES DE CIEGOS.—CARTELES.—PROSPECTOS.

¡Vaya una literatura popular! esclamarán al ver esto los lectores. Pues si, señores, digo yo; literatura popular es todo lo que se escribe esclusivamente para solaz del pueblo, y por eso no todo lo que se ve y se oye por las calles es literatura popular. A buen seguro que Verdi, al escribir aquello de *la donna é mobile*, en lo que menos pensaba es en que lo habian de cantar los chiquillos de Madrid. Resulta pues muy claro, si no para Vds. para mí, que la literatura popular la componen los géneros arriba indicados. Y ¡qué imágenes! ¡qué pensamientos! ¡qué lozania de ingenio hay en todos ellos! Vayanse Vds. por cualquier calle, y lean las inscripciones que en letras gordas ó flacas, doradas ó de colores, góticas ó romanas, se ostentan sobre las inmensurables portadas que sirven de gaban á las esquinas, y verán cómo ni á los mismísimos *Lepe* y *Lepijo*, que segun se dice han sido los hombres mas sabios del mundo desde Adan hasta el emperador Nicolás, se les pudieran ocurrir mayores bellezas. Y no solo en las tiendas modestas; no, señores; tambien en las letras doradas hay estupendas necedades. Paso por alto los tabloncillos en caracteres de á vara contienen solo un apellido, como Sanchez, Perez, ó Lopez, ó el apellido y un número repetido, diciendo: 19 PEREZ 19; con lo cual, si la tienda está cerrada, nos quedamos muy enterados de lo que se vende en ella; mucho mas si sucede lo que á cierto individuo, que por llamarse Juan Nieves puso en su muestra *COMERCIO DE NIEVES* ¡y era una carbonería!

Dejo tambien los letreros en inglés y francés, porque de ellos hablará un amigo mio que está escribiendo otro artículo sobre la literatura popular de Europa, sin haber salido nunca de Madrid.

Pero lo que no puedo pasar en silencio, son las tiendas que tienen título. ¡Qué hermosa idea es llamar á una *comercio del turco*, á otra *ropería de la estrella*, y otra *despacho de géneros ultramarinos*, vendiéndose en ella garbanzos, aceite y aceitunas! ¡Pues qué diré de las que llevan el nombre de un santo! Ya el *comercio de ropas hechas* (que de ropas sin hacer nunca los he visto) de *San Pablo*; ya la confitería de *San Pascual*, ó el horno de bollos de *San Anton*, ya la posada de *San Mateo*, nos hacen esperar ver un santo por dueño de estas casas, del mismo modo que las tiendas del Dragon ó del Elefante nos ponen en curiosidad de ver si son propiedad de estos animales.

Quédame la última clase de muestras, las mas de moda, las mas á la francesa, las que llevan un título caprichoso precedido de un ininteligible A ó AL. ¡Qué géneros tan elegantes nos promete aquello de *al guante de oro*; á la *camisa de nácar*, ó á la *bota de cristal*! Vayan Vds. á comprar allí, seguros de encontrar mas caro ó mas barato lo mismo que en otra parte, pero pudiendo decir que tal ó cual cosa es de *la estrella de brillantes*, ó de *la hermosura de Madrid*.

Y como ya va oscureciendo y no se ven bien los letreros, daremos una vuelta por las calles, para oír las canciones de los ciegos, que por lo regular tienen ojos útiles. ¡Ay lectores, cuánta poesia va á entrar en nuestros oídos! Vean Vds. acurrucado en aquella esquina un infeliz, que al dulce son de una guitarra con dos ó tres cuerdas nada mas, lamenta en tono de *gori gori*, leyendas milagrosas anónimas, de esas que se venden impresas en papel de estraza con los renglones en columna cerrada á manera de versos. Ganas da de morirse, siquiera por ir al purgatorio, al verle escitar á los devotos de las ánimas, que no parece sino que las eleva á la categoría de los santos! ¡Pues y los ahorcados! ¡no es cosa lo que los ensalza! ¡poquito celebra sus virtudes y lamenta su muerte, exhortándonos á encomendarnos á ellos ni mas ni menos que si fueran mártires! ¡Bienaventurado el poeta que tiene tales inspiraciones y busca tales intérpretes! ¡Lo que puede el hambre aplicada al ingenio humano! Pocos pasos mas allá un corro de gente ocupa con la mayor modestia toda la acera. Allí se oye una voz aguardentosa, acompañada de una bandurria que entrega á las auras de la noche multitud de jotas y seguidillas. De cuando en cuando todos los oyentes sueltan la carcajada, y hasta los postes fronteros se ponen colorados de vergüenza; no les sucede así á dos ó tres salvaguardias, que formando parte del auditorio, celebran como cada hijo de vecino los verdes chistes del trovador nocturno. Y esto no solo es por la noche, no; de dia tambien se encuentran iguales espectáculos por todas partes, sin contar con las baladas impresas que se venden en cien esquinas, y con las *nueve mil setecientas* mujeres, que por dos cuartos regala un ciego, pregonando con gran gusto de criadas y chiquillos los vicios y faltas peculiares de las Juanas, Teresas y Manuelas. Mucho mas pudiera decir acerca de este género; pero lo dejo para una estensa obra que estoy escribiendo sobre el mismo asunto, *ilustrada* con trozos selectos de poesías callejeras y de cajillas de fósforos; y paso á tratar de los carteles.

¡Cuán estremado lujo se va desplegando en ellos de algun tiempo á esta parte! Hace años que ninguna esquina se queja de sabañones: tan arropadas estan ellas llevando faldas, siempre faldas, á imitación de las mujeres y de las alcachofas. ¡Pobres de nuestros abuelos que no conocieron mas que unos cartelitos de á cuartilla, y de ellos tanto se ufanaban llamándolos cartelones! ¡Qué dirían si mirasen hoy esas sábanas de tres ó cuatro pedazos, con letras como adoqueines, rebosando ilustracion y economia! Apenas se harían cruces al ver los progresos de la litografía y del grabado en madera ostentarse pegados con engrudo en todas las esquinas! Pues no digo nada si toparán con un gallego llevando un estandarte de lienzo con el anuncio de cierta novela de 407 entregas á peseta, y una escena terrorífica pintada en medio con colores pompeyanos; y mucho mas si el gallego conducía en vez del estandarte un farol de papel ó lienzo, alumbrado interiormente por un par de velas de sebo ó media docena de candilejas, puestas en grato columpio al compás del paso del portador.

¡Qué no darian por leer lo que dicen aquellas letras amarillas, verdes ó negras, estampadas sobre papeles de variados colores, que vienen á ser otras tantas trompetas de la fama!

Pero tú, lector, no las leas, y atiende á aquel chiquillo que con un mazo de papeles bajo el brazo va repartiéndolos generosamente. Toma uno y miralo: ¿qué es? ¿algun molino de chocolate á real libra, hecho al estilo de Pekin? ¿algun prestamista que da dinero sin interés, llevando solo para gastos de oficina el noventa por ciento? ¿alguna tienda que cede los géneros por la mitad de lo que han costado, y además un billete de la lotería? ¿alguna empresa literaria que por dos reales al mes regala á los suscritores diariamente un tomo en folio, un periódico con láminas, y un almuerzo en casa de Lhardy? No señor; no es nada de eso: es el anuncio de la pérdida de una perrita inglesa, vieja, tuerta del ojo izquierdo, y un poquito coja; atiende al nombre de Clorinda, y se darán dos onzas de hallazgo al que la lleve á casa de sus inconsolables dueños.

No faltarán personas que al ver un corro de aguadores y mozos de cordel leyendo cualquier periódico creeran que estos forman tambien parte de la literatura popular. Pues se engañan. Estos no han sido escritos exclusivamente para leerse en la calle y en los portales; por consiguiente no pertenecen á la citada literatura, la cual, en mi entender, no se compone de mas géneros que los indicados, pudiendo solo añadir á ellos, ya los carros de anuncios, ya los papellitos que cercan el buzón de correos, ofreciendo niñeras, casas para dormir solos ó con compañía, y escribientes que entienden de cuentas en todos idiomas y suplican que no los *rasquen* ó los *boren*; ó ya los letreros de tiendas, que sirven de suplemento á las muestras y avisas que allí se *asan asados*, ó se vende *pan de máquina*, ó *aceite*, *jabon*, *licores* y demás *comestibles*.

Así la literatura popular sin regla ni traba crece lozana, y nos proporciona alegres ratos con sus felices creaciones. Imponerla una censura sería quitarla su esplendor sin añadirle mérito; porque como



ya saben Vds., aunque la mona se vista de seda, etc., y entre los disparates del sabio ó los del ignorante creo que es preferible sufrir los de este, porque á lo menos son disparates sin pretensiones de bellezas.

José GONZALEZ DE TEJADA.

### SOPHONISBE.

Hé aquí una copia exacta del precioso cuadro que el pintor Francisco Stephen acaba de esponer en Berlin. Representa á Sophonisbe, mujer de Masinissa, rey de Numidia, en el acto de tomar veneno para no caer en manos de los romanos, que acababan de penetrar en la ciudad. Nuestro grabado da á conocer, en cuanto es posible, con qué justicia escita esta obra la admiración de todas las personas inteligentes.

### SILLA DE SAN EDUARDO.

En la coronación de los reyes de Inglaterra se usa de varios objetos, que cada uno de por sí tiene su significación. Se usan dos coronas, de las cuales una se llama corona imperial ó real, y es la que se coloca en la cabeza del soberano; la otra es la del estado, que es la que se lleva en las procesiones. También se presentan cuatro espadas, una la del estado, otra de la misericordia, otra de la justicia espiritual ó divina, cuya punta es obtusa, y otra de la justicia temporal.

Entre estos diversos objetos no hay ninguno que tenga mas interés histórico que el sillón donde deben sentarse los reyes para ceñir la corona, llamado silla de San Eduardo, porque en ella se sentó este soberano cuando su coronación. Su asiento es la célebre piedra del destino, que puede decirse es una especie de *memorandum* de la conquista de Escocia. Primeramente era el asiento real de los reyes de Irlanda, y la llamaban *Liafail* ó la piedra del destino, y en honor suyo dieron al país el nombre de *Inniofail* ó isla del destino. Las leyendas monásticas de aquella época dicen que es enteramente igual á la piedra en que se hallaba Jacob cuando tuvo la milagrosa aparición de Bethel. Fué traída por Gathol, rey de los escoceses, á una ciudad de Galicia, y desde aquí fué trasladada á Irlanda por Simon Brech, caudillo de un cuerpo de los de aquella nación, unos 900 años antes de Jesucristo. Fergus, uno de los descendientes de Simon Brech, viéndose obligado á abandonar la Irlanda, á la cabeza de una banda de emigrados se trasladó á Argyleshire, y habiéndose llevado la piedra del destino, la depositó en Dunstaffnage, unos 500 años antes de Jesucristo: todos sus descendientes eran instalados en la piedra, y se creía generalmente que cuando el que se sentaba en ella tomaba posesión legítimamente, exhalaba armoniosos sonidos.

Según las antiguas tradiciones de Irlanda, había sido primero altar, luego ídolo, y por último trono de sus reyes, por lo cual era mirada con extraordinaria reverencia. Había una profecía muy notable, según la cual los reyes de Escocia estaban identificados con aquella célebre piedra.

*Ni fallat fatum,  
Scoti, quocumque locatum  
Invenient lapidem  
Tenentur regnare ibidem.*

Se ha dado siempre tanta importancia á esta profecía, que cuando Kennet se trasladó desde Dunstaffnage á Scone, llevó la piedra y permaneció allí por espacio de 400 años sirviendo de trono á los reyes en las coronaciones. Traslada á Inglaterra, se consideró por el pueblo escocés como una grave humillación; y así es que en el tratado de Northampton de 1528 se estipuló su devolución. Posteriormente se mandó por Eduardo III dar una especie de manifiesto expresando las causas que habían impedido ejecutar esta traslación.

Cuando subió al trono Jaime I se dió suma importancia á la profecía, y fué tal la impresión que hizo en el ánimo de los escoceses, que en el reinado de la reina Ana intentaron de nuevo el llevársela.

### EL CONDE DE SALDAÑA.

#### ROMANCE.

¿Quién es aquel caballero  
que en las márgenes del Esia  
el potro ardiente fatiga,  
la dura lanza maneja?  
Coraza y almete adornan  
roja banda, plumas negras  
brunido pavés embraza,  
y osada divisa ostenta:

Un corazón es alado  
que se remonta á la esfera,  
y encima un rótulo dice:  
*no subas mas, que te quemas.*  
Ninguno en el ancho círculo  
se le opone, que ya deja  
en doce altivos encuentros  
doce contrarios en tierra.  
¡Viva de Saldaña el conde!  
de boca en boca resuena;  
todos vencedor le aclaman,  
y admirados le contemplan.  
Desde la alta galería  
ornada de ricas telas  
el rey su valor aplaude,  
y á darle el premio se apresta.  
Él de un salto se derriba  
desde el arzon á la arena,  
y del monarca las plantas  
bizarro y modesto besa.  
Dáme, gallardo mancebo,  
dijo el rey, la fuerte diestra;  
que es justo apriete la mía  
mano que tan bien pelea.  
Con esta luciente espada,  
que fué del rey Don Fruela,  
en premio de tu victoria  
honre al valor la belleza,  
y del toledano adarve  
á las torres de Antequera  
de los turbantes moriscos  
estrage y asombro sea.  
Dijo; y sonrojado el conde  
bajó humilde la cabeza,  
que al querer darle las gracias  
trabó el respeto su lengua.  
¡Oh cuántos pechos enciende!  
¡con qué afán las damas bellas  
los blancos velos agitan  
y al cielo su triunfo elevan!  
Entre todas sobresale  
la infanta Doña Gimena,  
que á la voz del rey su hermano  
ceñirle la espada intenta.  
¿No veis cómo sus mejillas,  
antes de carmin cubiertas,  
palidecen, y en sus manos  
cinturón y espada tiemblan?  
¿No advertís, que el caballero  
de hinojos en su presencia,  
estátua inmóvil parece  
en triste lucillo puesta?  
No es mucho que así se turben  
cuando Alfonso los observa,  
cien cortesanos los miran,  
mil curiosos los acechan.  
Días há que en viva llama  
amor con veloz saeta,  
atropellando respetos,  
inflamó sus almas tiernas.  
Fé de esposos se juraron  
entre las doradas rejas  
de un jardín, sin mas testigos  
que una esclava y las estrellas.  
Mas ¡ay! que en excelso alcázar  
mal un secreto se alberga,  
y á par de los régios tronos  
el suyo la envidia sienta.  
Ya el palacio lo murmura:  
¡ay de entrambos si es que llegan  
al alma de Alfonso el Casto  
tan mal celadas sospechas!  
Del rey, cuyo indócil cuello  
de amor el yugo desdeña,  
y como atroces delitos  
sus dulces yerros condena.  
Mas ya la callada noche  
cubre el mundo de tinieblas,  
y vencedor y vencidos  
toman de León la vuelta.



Sañudo en tanto va jurando al cielo  
su desdoro vengar Nuño de Arlanza,  
que al primer bote de la ardiente lanza  
vencido por el conde, cayó al suelo.  
Estaba solo el Rey, de lid sangrienta  
el plan trazando contra el moro un día,  
cuando con alma llena de falsía  
Nuño en el régio alcázar se presenta.

Secreta audiencia pide, y admitido  
en la estancia dó mora el rey potente,  
así comienza á hablar el fementido  
con triste faz y labio balbuciente.  
Hay quien osa, Señor, con vil mancilla  
profanar de este alcázar el decoro,  
mientras vos, esgrimiendo la cuchilla,  
triunfais con gloria del soberbio mero.

¿Y quién es el traidor, Alfonso esclama,  
que á tal se atreve? Di: pronto castigo,  
como del rayo asoladora llama,  
acabará á tan pérfido enemigo.

Jamás, dice el hipócrita, este arcano  
de mi pecho saldría, si no fuera  
el honor de tan digno soberano  
quien al remiso labio aliento diera.

Tal vez será imprudencia: infausta suerte  
me amenaza tal vez; pero en buen hora  
caiga el mal sobre mí, venga la muerte,  
con tal que vos sepais quién os desdora.  
El conde de Saldaña hasta la altura  
del régio sólio se remonta ufano  
en alas del amor, y su locura  
escandaliza al pueblo castellano.

Vuestra hermana, Señor...—¡cómo! ¿la infanta  
amar al conde? ¡Nuño, vive el cielo!...  
clama el sañado rez, y en su garganta  
la voz se anuda convertida en hielo.  
Mas luego se reporta, y mesurado,  
si es cierto, añade, el crimen, pena dura  
castigará tan pérfido atentado;  
mas ¡ay, Nuño, de tí! si es impostura.



(Sophonisbe.)

¿Impostura, señor? Si tal agravio  
cualquiera otro que vos... Haced empero  
pesquisa cual monarca justiciero,  
y hallareis que verdad os dice el labio.  
Ejecutólo Alfonso, y convencido  
de que Nuño de Arlanza no le engaña,  
su enojo reprimiendo, comedido  
así habla cierto día al de Saldaña:

De Navarra al monarca en propia mano  
quiero que entregues, conde, aqueste pliego,  
y del fuerte de Luna al castellano  
esotro al paso deja: parte luego.  
Apenas brilla la rosada aurora,  
y ya el conde se apresta á la partida;  
mientras Jimena solitaria llora  
sin abrazarle en tierna despedida.

Al castillo de Luna prontamente  
llega el desventurado caballero,  
y la carta entregando, de repente

cae el rastrillo y queda prisionero.  
¡Traidor! ¿qué intentas? irritado dice  
echando mano de su acero el conde;  
y el alcaide escusándose, ¡infelice!  
preso estás por Alfonso, le responde.

Quitante al punto la luciente espada  
que terror de los moros era un día,  
y una mano le arranca despiadada  
los ojos do la infanta se veía.  
Ella entre tanto en la mansion oscura  
gime de un claustro y por su esposo clama;  
mas ¡ay! que en perdurable desventura  
no verá mas al infeliz que llama.

JUAN NICASIO GALLEG0.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.